

dignos de muerte, y no solo los que las hacen, sino tambien los que las consienten y toleran á los que las hacen (1).» Decidme, Señores, ¿describe San Pablo el estado de Roma pagana, ó traza el cuadro de la sociedad moderna? Las mismas causas producen iguales efectos. Aquellos hombres, desconociendo á Dios, adoraron la criatura; lo mismo hacen los que se alejan de la Eucaristía. No quieren á Dios, renuncian á Jesucristo, y sin él es preciso que el mundo vuelva al estado que tenia antes de la redencion, y á él precipitadamente camina la sociedad. ¿Quereis detenerla en su carrera de retroceso y salvarla? Ayer lo dije: Volved á Dios, volved á llamar á Jesucristo, cerca está, y dispuesto á escucharos. Vive entre vosotros, en la Eucaristía: uníos á él, alimentaos de él, y vivireis de su vida, y se obrará de nuevo la restauracion de todas las cosas, objeto sublime de su venida al mundo y de su permanencia en ese Sacramento.

Hemos examinado la primera causa que impide el que produzca en la tierra sus frutos de virtud ese árbol divino de la vida: el alejamiento de él en que vive la mayor parte de los hombres. Estudiemos la segunda: entre muchos de los que se acercan á él no produce sus frutos, por el abuso que hacen de la Sagrada Eucaristía.

## SEGUNDA PARTE.

Muy lejos de mí, amados míos, condenar el uso frecuente de ese manjar del cielo. Yo quisiera, como Jesucristo y su santa Iglesia desean, que todos los fieles per-

(1) Rom. I, 28 ad 32.

severasen unánimes, como los primeros cristianos, en la fraccion del pan (1). Yo quisiera que todos comieran todos los dias ese pan de cada día, haciéndose dignos de él, como dice San Ambrosio (2). Lejos de mí tambien el querer excluir de la mesa Eucarística á ninguna clase de cristianos verdaderos. Jesucristo en la parábola de las bodas, quiere que entren los pobres, los débiles, los ciegos y los cojos; porque es el Dios de todos, y á todos quiere darse (3). Y en verdad que de todas las clases, y con más ó menos frecuencia, vemos acercarse hombres á la sagrada mesa. Todos ellos comen ese pan de vida, todos ellos reciben ese misterio de fe, ese alimento de la caridad, ese estímulo de la humildad.

¿Cómo es, pues, que en muchos no vemos ni la viveza de la fe, ni la práctica de la humildad, ni el sacrificio de la caridad, ni la vida de Jesucristo? Es, Señores, que no todos se llegan á la sagrada Mesa con las disposiciones necesarias. Recordad la palabra de San Agustin: «El que te ha criado sin ti, no te salvará sin ti (4).» No es defecto del fuego si no prende en el tronco verde ó saturado de agua. Escuchad lo que dice el Evangelio: «Entró el Rey en la sala del convite, y vió á uno que no llevaba vestido de boda, y le dijo: amigo, ¿cómo te has atrevido á entrar sin vestido nupcial? Y aquel hombre

(1) Optaret quidem Sancta Synodus, ut in singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed Sacramentali etiam Eucharistiae perceptione communicarent. (Conc. Trid., Sess. 22, cap. 6.)

(2) Si quotidianus est panis, ¿cur post annum illum sumis? Accipe quotidie, quod quotidie tibi prosit. Sic vive, ut quotidie merearis accipere. Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. (S. Ambr., de Sacram. lib. 6.)

(3) Luc. XIV, 21.

(4) Qui nos creavit sine nobis, non nos justificat sine nobis. (S. Aug., Serm. de Verb. Apost. 15, cap. 11.)

enmudeció. Arrojadle, dijo el Rey, arrojadle atado de piés y manos á las tinieblas exteriores (1).» Hé aquí la explicacion del poco ó ningun efecto de la Sagrada Eucaristía en muchos que la reciben. «Hay muchos débiles, dice San Pablo; muchos que duermen en sopor de muerte (2).» En una palabra, hay muchos que comulgan mal, abusan de la Sagrada Comunion. Les falta el vestido nupcial, el vestido de la caridad que anima la fe, el vestido de la gracia y la virtud. Son troncos verdes por la concupiscencia, saturados del agua del pecado; y en ellos, por lo mismo, no puede prender el fuego que Jesucristo trajo á la tierra. Son enfermos por el vicio, cuyos estómagos no pueden sufrir el alimento de los fuertes (3). Quieren unir en su corazon á Jesucristo y á Belial, y esta union es imposible.

¿De dónde este abuso? ¿De dónde el sacrilegio que impide los efectos de la Sagrada Eucaristía? A una sola pueden reducirse todas las causas: es la hipocresía. Ese homenaje que el vicio rinde á la virtud, vistiéndose de ella en público; esa bajeza del corazon, que conoce el precio de la virtud, sin tener valor para practicarla; esa mentira personificada, que envuelve á un malvado con el manto de un hombre de bien, y oculta un corazon de demonio tras un rostro de ángel. Hé aquí lo que lleva en sí el que se acerca á la sagrada mesa sin las disposiciones necesarias; es un Judas, que con el beso de paz vende al Hijo del hombre.

Esa hipocresía nace de malicia en unos, en otros de

(1) Matth. XXII, 12.

(2) I Corinth. XI, 30.

(3) Sicut enim cibus qui natura vim habet nutriendi, si in stomacho vitio fastidientem inciderit, omnia perdit et corrumpit, ac morbi occasio fit; ita etiam hæc veneranda Mysteria. (S. Joann. Chrysost. Hom. 17 in Epist. ad Hebr.)

respeto humano, de vergüenza. Sin duda que es más horrorosa y criminal la de los primeros, porque es obra del cálculo; es un medio por el cual se busca un fin tal vez inícuo. Se conoce el instintivo aprecio que en todas partes se hace de la virtud; se sabe que para el mundo religioso la Sagrada Comunion es un testimonio en favor de quien la recibe; y sin fe, sin amor, sin pensar siquiera lo que se hace, el hombre se hace hipócrita, aparenta virtud, se acerca al altar santo, recibe á Jesucristo. Aquella Comunion sacrilega es una moneda con que se quiere comprar un ídolo, ó el corazon de una criatura, ó un puesto elevado; es un documento de seguridad con que se quiere encubrir un crimen, ó desarmar á quien justamente se teme, ó engañar á aquel de quien algo se espera. La Comunion, para esta clase de hipócritas, no es un acto religioso; no es sino una especulacion, un medio como otro cualquiera de llegar á un fin. Se rien de Dios, insultan á Jesucristo, se burlan de la Iglesia; no importa: lógrese el fin, alcáncese lo que se desea, no se pierda el nombre de cristiano, lo demás importa poco. Los efectos de la mala Comunion el mundo no los ve; y lo que conviene es engañar al mundo para estar bien con él. Jesucristo es una víctima, que el hipócrita sacrifica al mundo y á sus pasiones. ¿Es posible que exista una clase tal de hombres? Ha existido y existe, hermanos: la historia antigua y moderna ofrece ejemplos públicos y solemnes: en un orden más inferior se multiplican bastante. ¡Qué horror! ¿Qué es Dios, qué es Jesucristo, qué es su alma para esos hombres? Nada. Todo es nada menos sus pasiones, que son su Dios.

He dicho que esta hipocresía nace tambien del respeto humano ó de la vergüenza. Hay hombres que se avergüenzan de parecer cristianos en la sociedad del mundo, y se avergüenzan tambien de parecer mundanos

en la sociedad cristiana. Entre sus amigos ó compañeros, entre los jóvenes con quienes se unen en público, hacen alarde de impiedad, hablan con desprecio de la religion, se rien de las prácticas cristianas, satirizan á los que las observan; y esto muchas veces sintiendo en su corazón el aguijón del remordimiento. Esos jóvenes en el seno de la familia, ó en otro círculo, hablan y obran de otra manera tal vez; su corazón entonces se encuentra en su centro, porque no se han borrado aún de él las impresiones de una educación cristiana, con que tratara de formarle una madre toda piedad, toda virtud. Acuden al templo, aunque con ciertas precauciones, para no ser observados por sus compañeros de desorden: comulgan, se unen á Jesucristo; pero el qué dirán los amigos, les impide cambiar totalmente de conducta y vomitar el veneno de su alma en el Sacramento de la penitencia, y vuelven al camino de la perdición, llevando aún á Jesucristo en su corazón. Un vicio vergonzoso, una pasión criminal se apodera del corazón: siéntese su peso, que oprime, se conoce su desorden; pero no se quiere hacer el esfuerzo supremo para salir de él, no se tiene valor para romper la cadena. El precepto de la confesión apremia: si descubre la conciencia y aparece el corazón en su verdadero estado, ¿qué concepto formará el confesor? Si se presentan las cosas en su verdad, la absolución debe suspenderse, y se prohibirá la sagrada Comunión. Si no comulga, ¿qué dirán los que lo adviertan, qué dirá una madre vigilante y solícita, ó una esposa oprimida y buena; qué dirá el mismo mundo? Todos estos pensamientos turban al vicioso, al apasionado que no ha roto aún totalmente con la religion y con la Iglesia; y el respeto humano le vence, se presenta al confesor, calla por vergüenza y comulga en pecado, cuidando más del concepto de los hombres que del juicio de Dios. ¡Cuán frecuen-

te es este desorden! ¡Qué desprecio envuelve hacia Jesucristo!

¿Sabeis á dónde llega la malicia de esta hipocresía, de ese abuso de la Sagrada Eucaristía? Recordad el crimen de Judas: el mismo, mayor tal vez, es el del sacrilego. Judas, antes de consumir su traición horrenda, trata con los príncipes de la Sinagoga. «¿Cuánto me dareis, les dice, si os entrego á Jesucristo? Treinta denarios, responden (1).» Judas acepta. Para él, treinta denarios valen más que Jesucristo. El sacrilego, que se precia de discípulo de Jesucristo, negocia también su infame traición con el mundo y con sus pasiones. Le ofrecen un interés pecuniario, un placer carnal, la continuación de una pasión, la satisfacción de un apetito, y consiente en el sacrilegio. Para él todo vale más que Jesucristo.

Judas, después de su inícuo trato, vuelve á la compañía de su maestro y se sienta á la mesa con los demás. Jesús, que ha anunciado ya su pasión, anuncia también quién es el traidor, dice el V. Beda, para infundirle remordimientos y darle lugar á la penitencia, sabiendo que estaban descubiertos para Jesucristo sus planes de iniquidad (2). No todos, dice, no todos los que estais conmigo sois puros de corazón: hay uno que me entregará á mis enemigos (3). Los Apóstoles, llenos de amargura, responden sucesivamente: ¿soy yo, Maestro? Judas tiene la hipócrita desfachatez de preguntárselo también, y el divino Salvador, para ver si la vergüenza mueve el

(1) Matth. XXVI, 15.

(2) Qui de passione prædixerat, et de prodicione prædicit, dans locum penitentiae, ut cum intellexisset sciri cogitationes suas, et occulta consilia, pœniteret sui facti. (Beda, Comment. in Luc., cap. 22.)

(3) Joann. XIII, 10.

corazon del pérfido, responde: Tú lo has dicho: tú eres (1). El Hijo del hombre será entregado; pero ¡ay del que lo entrega! Más le valiera no haber nacido (2). Así le habla para que le contenga el temor del castigo, ya que no lo ha hecho la vergüenza del crimen (3). Judas, sin embargo, permanece insensible: Jesucristo, todo caridad, no ha dicho claramente á los demás que él es el traidor, y esto le basta: para ellos su crimen está oculto, aún no se cree deshonrado (4). Así el sacrilego viene á ocupar un puesto entre los fieles, asiste á los Oficios Divinos, va á postrarse á los piés del tribunal donde las aguas de la misericordia, mezclándose con las lágrimas de la penitencia, lavan los pecados. En vano Jesucristo, por la voz del remordimiento, le descubre su crimen, y le hace entrever sus fatales consecuencias: como Judas permanece insensible.

Llegada la hora, el Apóstol traidor corre á ejecutar su crimen, pero oculta sus negros designios bajo las apariencias del respeto y la amistad. Maestro, dice, imprimiendo sus inmundos lábios en el divino rostro de éste, Maestro, yo os saludo (5). Jesus admite este ósculo, que le es más sensible que todos los ultrajes de la Pasión, y se contenta con responderle dulcemente: Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso de paz haces traición al Hijo del hombre? (6)

(1) Matth. XXVI, 22, 25.

(2) Matth. XXVI, 24.

(3) Prædicat et pœnam, ut quem pudor non vicerat, corrigant denunciata supplicia. (Beda, loc. cit.)

(4) Et tamen non designat specialiter, ne manifeste correptus, impudentior fieret. Mittit crimen in numero, ut agat conscius pœnitentiam. (Id. id.)

(5) Matth. XXVI, 49,

(6) Id. id.: Luc. XXII, 48.

Fiel á su compromiso infernal con el mundo y con sus pasiones, el nuevo Judas, engañando á todos menos á Dios, en medio del día y entre la multitud de los fieles, se levanta insensible y avanza friamente para consumir su obra. En vano desde el fondo del tabernáculo Jesucristo le dice, como al pérfido discípulo: Amigo, ¿á qué has venido? ¿Por qué quieres hacerme traición con un beso de paz? Tú, mi hijo, á quien he amado tanto; tú, mi amigo, á quien convidó á mi mesa; tú me vendes con una apariencia de amor? Si un extraño, si un enemigo lo hiciera, sufriéralo yo; pero de ti, amigo mio, ¡cuán amargo se me hace este insulto! (1) Todo en vano. El sacrilego no se detiene: el hipócrita está allí al pié del altar. El Sacerdote se acerca, llevando al Salvador; y el impío, aplicando su impura boca al rostro divino de Jesus, recibe el Pan del cielo, y lo introduce en un corazon más impuro todavía. ¡Desgraciado! Escucha la voz del que recibes tan indignamente. ¡Ay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado: más le valiera no haber nacido (2). Esta sentencia, dice el V. Beda (3), no se pronuncia solo contra Judas. Hoy y siempre, ¡ay de aquel que de este modo se acerca á la Mesa del Señor!

(1) Psalm. LIV, 13, 14, 15.

(2) Matth. XXVI, 24.

(3) Sed et hodie quoque et in sempiternum vae homini illi qui ad mensam Domini malignus accedit; qui insidiis mente conditis, qui præcordiis aliquo scelere pollutis, mysteriorum Christi secretis participare non metuit. Et ille enim in exemplum Judæ Filium hominis tradit, non quidem judæis peccatoribus, sed tamen peccatoribus membris, videlicet suis, quibus illud inæstimabile et inviolabile Domini Corpus violare præsumit. Ille Dominum vendit qui, ejus amore ac timore neglecto, terrena et caduca, imo etiam criminosa plus amare et curare convicitur. Vae, inquam, illi homini de quo Jesus, qui altaribus sacris inter immolandum, utpote proposita consecraturus, adesse non dubitatur, adstantibus sibi ministris cœlestibus, queri cogitur, ecce, inquit, manus tradentis me mecum est in mensa. (Beda, loc. cit.)

¡Ay del que con planes de iniquidad, con corazón manchado por el pecado, no teme participar de los misterios de Cristo! ¡Ay del que, como Judas, le entrega, no á los judíos, sino á sus miembros pecadores, con los que se atreve á violar el inestimable cuerpo de Jesús. Él le vende, porque despreciando el amor y el temor, prefiere las cosas caducas, las mundanas y aun las criminales. ¡Ay de aquel de quien Jesús dice á sus ministros celestiales, ejecutores de su justicia: Hé aquí que la mano del que me entrega está en mi mesa; más le valiera no haber nacido! (1) Desgraciado, sacrilego, medita estas palabras. Ellas te explican tu crimen y sus consecuencias espantosas.

Lo son, en verdad, Señores. El que no come mi carne ni bebe mi sangre, dice Jesucristo, no tiene vida en su alma; está muerto para el bien y para Dios (2): pero en él no hay más que la privación de la vida divina; al paso que el que comulga hipócrita y sacrilegamente, no solo no tiene esta vida, sino que se hace reo del cuerpo y sangre de Cristo; reo de Deicidio como los judíos (3). Desde entonces el hombre se endurece en su corazón; y afanándose por sofocar la voz del remordimiento, multiplica sus sacrilegios, á fin de que la costumbre haga desaparecer el horror que tamaño crimen causa naturalmente al cristiano. Escuchad otra vez á Jesucristo en su parábola: Atado de piés y manos, arrojadlo á las tinieblas exteriores (4). La comunión sacrilega, hermanos míos, es una cadena que ata al hombre en su alma, y le impide librarse del imperio del pecado: ella le arroja en las

(1) Luc. XXII, 21.

(2) Joann. VI, 54.

(3) I Corinth. XI, 27. Vide à Lapide et Pinconio in hunc locum.

(4) Matth. XXII, 13.

tinieblas de la indiferencia; ella le roba la luz de la fe; ella le infunde un principio de muerte eterna. San Pablo lo dice: El que come y bebe indignamente este Sacramento, come y bebe su propio juicio, su propia condenación (1). Es decir, el alimento celestial, que profana, se convierte en un veneno, que se incorpora con él y penetra todo su sér: la sentencia de muerte, que como á reo del cuerpo y sangre de Cristo atrae sobre sí, se mezcla con su sustancia, se hace una misma cosa con él, se encarna en él, así como dice Jesucristo, que su vida se hace la vida del que santamente comulga (2). Va unida al crimen de la mala Comunión la maldición que Jesucristo pronunció contra Judas, y difícilmente se borra de la frente del sacrilego. De aquel se dice en el Evangelio, que en cuanto comulgó, entró Satanás en su corazón (3): lo mismo sucede en el nuevo Judas de la indigna Comunión.

Y bien, Señores, siendo Satanás el que reina en el corazón del sacrilego, ¿podrá menos de encontrarse en él todo género de males? Así como la historia y la experiencia nos prueban los admirables y divinos efectos de la unión amorosa con Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, y vemos la humildad, la pureza, la caridad y todas las virtudes, en los que, por este Sacramento, viven la vida de Cristo; así en los que profanan este medio de santificación y de felicidad verdadera, los efectos son y deben ser totalmente contrarios. ¿Extrañaremos, pues, que en muchos de los que comulgan no aparezcan aquellos efectos de santidad? ¿Acusaremos por ello á Jesucris-

(1) I Corinth. XI, 29.

(2) Joann. VI, 58.

(3) Id. XIII, 27.

to? ¿Acusaremos á la Sagrada Eucaristía? Lejos de nosotros tan atroz blasfemia.

Concluyamos. La Comunión, ahora como siempre, es el árbol de la vida en el paraíso de la Iglesia; ahora, como siempre, es el medio sublime de restauracion y regeneracion dejado por Jesucristo á la tierra. Si el hombre no vive de sus frutos, es porque no se acerca á comer de él. Si el hombre no deja la vestidura del viejo Adan y toma la del nuevo, es porque come indignamente. Acérquese á ese árbol, probándose y examinándose antes, como dice San Pablo (1): es decir, arrojando de su corazon el manjar indigesto de la concupiscencia, y el pan divino le hará hombre nuevo, hombre de virtud, hombre santo. Los que se apartan de ti, dice el Profeta, perecerán (2). Si te alejas, ó cristiano, morirás; por el contrario, si te acercas, tendrás vida, porque es el pan de la vida el que recibes, y el que come la vida no puede morir. ¿Cómo morirá el que se alimenta de la vida? ¿Cómo desfallecerá el que recibe esta sustancia vital? (3) Acércate, dice San Cirilo, pero hazlo preparándote con una vida de virtudes. Viviendo así, cree que este pan no solo te librára de la muerte, sino tambien de la enfermedad y flaqueza, porque estando Cristo en nosotros adormece las pasiones, excita la piedad, da la paz al alma, y nos eleva hasta él por la gracia y la virtud (4). Que Je-

(1) I Corinth. XI, 28.

(2) Psalm. LXXII, 27.

(3) Si te elongaveris ab eo, peribis; si appropinquaveris ad eum, vi-  
ves. Hic est panis vitæ. Qui ergo vitam manducat, mori non potest.  
¿Quomodo enim morietur, cui cibus vita est? ¿Quomodo deficiet qui ha-  
buerit vitalem substantiam? (S. Ambr. ex expos. in Psalm. CXVIII.)

(4) Quare pie apud te statuas, recte ac honestius vivere, atque ita  
Eulogiæ particeps fias; credens eam nedum mortis, sed et nostrorum  
morborum suapte vi depultricem esse. Christus enim in nobis existens,  
sævientem in membris nostris sopit carnis legem, pietatem in Deum ex-

sucristo, pues, no entre en vano en vuestros corazones, hermanos míos: haceos dignos de recibir á un Dios que quiere darse á vosotros; y recibéndole, encontrareis en la Comunión la fuente de todas las gracias, el estímulo de todas las virtudes, y la prenda de la gloriosa inmortalidad.

suscitat, animi perturbationes mortificat, quibus obnoxii sumus, delicta non imputans, sed potius ut ægrotos sanans. Confractum enim lapsum erigit tanquam Pastor bonus, et qui animam suam ponit pro ovibus suis. (S. Cyrill. Alexandr. in cap. V Joann.)